



Exequias para cuerpos prostituidos en dos novelas latinoamericanas

por Paula Daniela Bianchi

El propósito central de este trabajo consiste en explorar algunas representaciones de cuerpos muertos de prostitutas que responden a diversas articulaciones - discursivas, sexuales y políticas - en dos textos de la literatura latinoamericana contemporánea: *La novia oscura* (1999) de la escritora colombiana Laura Restrepo y *Qué raro que me llame Guadalupe* (1999) de la escritora argentino-mexicana Myriam Laurini.

Para abordar este análisis se seleccionaron dos fragmentos, uno de cada novela, donde los cuerpos muertos de dos prostitutas son los protagonistas. A partir de ellos se teje una cartografía textual vinculada con distintos modos de producción que atraviesan escenas simbólicas, con diferentes nociones de rituales funerarios y "usos" de estos cuerpos presentes que implicarán negociaciones y tretas (Ludmer 1985) donde el elemento ritual y la puesta en escena de estos serán sumamente relevantes.

Este corpus forma parte de un proyecto de investigación doctoral donde se trabaja también la novela *La reina Isabel cantaba rancheras* (1998) del escritor chileno Hernán Rivera Letelier y el cuento "Cuerpo presente" (2006) del escritor mexicano Luis Eduardo Parra. En los cuatro textos mencionados el eje fundamental es reflexionar sobre el lugar que ocupan las representaciones de las prostitutas muertas en algunas ficciones latinoamericanas contemporáneas. Como así también analizar de qué manera se configura el sistema ritual para estas representaciones. Es decir, qué implicancias conlleva pensar en términos literarios estos cuerpos marginales, que además están muertos y que habitan en la América latina del fin de siglo XX, inmersos en una contextualización de sistemas hegemónicos dominantes.



En el discurso *del* cuerpo (Grosso 2007) muerto de los personajes se puede leer cómo el deseo y la amenaza se articulan en un espacio de borde y centro de manera simultánea. Estos cuerpos constituyen un escenario de interrelaciones, un territorio que resignifica espacialidades y reproduce sentidos. No obstante, están situados en una batalla que se pierde puesto que se encarnan a partir de experiencias periféricas y entornos de exclusión. El cuerpo muerto prostituido es deseado y rechazado como consecuencia de la discriminación de una cultura regulativa estructurada, históricamente, entre clandestinidad y exhibición dentro de un sistema exclusivo que transforma en algo monstruoso al cadáver. Entonces ¿cuáles son las tácticas que manifiestan los cuerpos donde convergen diversos pactos que escapan a los mecanismos de control y aceptabilidad? ¿Cuáles los miedos y los deseos que produce la exposición de éstos en un funeral? Cabe señalar que la presencia textual de estos cuerpos dentro del entramado latinoamericano contemporáneo tiene algo más en común, no es urbana, cada una habita un territorio periférico geográfico y textual: el personaje de Claire transita su existencia en un pueblo de explotación petrolera llamado La Catunga, en Tora, Colombia, mientras que Jacqueline es una menor apropiada en las afueras de Puebla en México para ser prostituida en el “Kinder” del Puroloco, por su proxeneta. Pero también es marginal la territorialidad escénica que ocupan en el texto puesto que no son las protagonistas de éste aunque sí lo son de sus propias historias. Por ello que estas representaciones sean latinoamericanas, sobre cuerpos de mujeres prostitutas y muertas que viven fuera de la ciudad delimita un contrapunto para tener en cuenta y para preguntarse ¿en qué espacio se inscriben estas representaciones en la literatura latinoamericana contemporánea? ¿Desde dónde se constituyen sus interacciones? Y ¿cómo se delimita el cruce de las construcciones corporales en relación con las configuraciones sociales, políticas, sexuales y discursivas?

Para ello se reflexionará, entre otros, sobre el concepto de muerte que teoriza Elisabeth Bronfen (1992), la categoría de abyección de Julia Kristeva (1988), la noción de precariedad trabajada por Judith Butler (2006; 2010) y algunos lineamientos teóricos de los análisis de Giorgio Agamben (2006). También se tendrá en cuenta la alusión a los conceptos y significaciones de los términos latinos *cadere* y *spectrum* cuyo proceso analítico está en proceso de elaboración en la tesis de la investigación mayor.



"Se escapó de una cárcel de amor, de mil noches en vela..."

Joaquín Sabina, *Por el bulevar de los sueños rotos*

Claire, *La novia oscura*

Cadere (cadáver=caída)

La novia oscura es una novela escrita por la novelista colombiana Laura Restrepo en 1999. Narra la historia de Sayonara, una niña que es iniciada en la prostitución, y los avatares por los que atraviesa. Una de las compañeras de burdel de Sayonara es Claire y es su historia la que se considera para este análisis.

Claire es una prostituta francesa que enamorada de un hombre y de una promesa dejó su Francia natal y se fue tras ellos. Llegó a La Catunga, una zona de bases petroleras en Colombia y sin dinero, sin amor y con más promesas que certezas empezó a trabajar en una casa de citas. Diez años después cansada de esperar que se le cumplieran los sueños prometidos, Claire se suicidó como tantas otras ya lo habían hecho. Fue velada en el Dancing Miramar, el burdel donde trabajaba. Sin misa de cuerpo presente porque "a la iglesia no entraba una prostituta ni muerta, literalmente hablando" (*La novia oscura*: 124). Fue enterrada lejos de París en una tumba sin nombre bajo un sauce llorón en el "Otro Cementerio" (p. 126), donde sólo reposan "los suicidas, los masones, los niños sin bautizar, las mujeres que abortaban y las prostitutas, pecadores irredimibles a quienes los curas negaban el acceso al Cementerio Mayor" (p. 125).

La corporalidad, las prácticas sexuales y la muerte ciertamente en nuestra cultura están relacionadas con lo femenino como asevera la teórica Elisabeth Bronfen (1992:253). Quien señala también que esta relación en la cultura heterocentrada es disparadora de aquello desconocido, inmanejable, diferente y que para poder controlarlo se debe operar a través de normas reguladoras. El cuerpo de la prostituta es un cuerpo abyecto, fuera y dentro de la heteronormatividad que actúa como signo de la alteridad que el otro no puede intervenir por lo que se vuelve amenazante. Es un cuerpo perturbador que con la muerte puede marcar un final en el período de cambio (Bronfen 1992: 181). Es decir, sobre el cadáver se restituye el orden aparente, debido a la muerte de la prostituta "peligrosa", que fuera suspendido momentáneamente mientras ejercía la profesión. Es un cuerpo disruptor que obstaculiza el curso regular de las cosas (Bataille 2000) con la muerte, y que desobedece la ley de la (re) productividad y como secuela de la amenaza de alteración del orden se instaura el castigo, la sanción.



El cuerpo indisciplinado de Claire, incluso en la muerte por su doble estigmatización: suicida y prostituido, se proyecta como un cuerpo sin soberanía, marginal y no legitimado. Su cuerpo excluible hace referencia al poder soberano. El cura de la iglesia impide que el cadáver sea redimido y sepultado en el camposanto, ya que él, constituido como el poder en el pueblo, debe mantener el orden y hacer que se cumpla lo regulado. El sacerdote les tenía "prohibido entrar, a menos que hicieran pública la abjuración del oficio" (p. 92) por eso el cuerpo indócil debe ser expulsado de la comunidad. Las compañeras de Claire no cuestionan el poder eclesiástico, comparten la creencia de pensarse sin igualdad de derechos: "las putas nacimos para acariciar la suerte a contrapelo" (p.92) sentencia Todos los Santos, la meretriz de La Catunga. Ellas saben que son periféricas, que existen en la clandestinidad, en la oscuridad y que importan para ciertos propósitos nada más. Es decir, en el imaginario de configuración social dominante ellas son la excepción (Agamben: 2006) están para gratificar y contentar los placeres de los obreros del petróleo así estos relajados pueden contribuir con su mano (cuerpo) de obra a la explotación de las bases petroleras, donde el Estado se llevará las mayores ganancias manteniendo al margen estos cuerpos precarios, excluidos e indisciplinados. El estado de excepción es la suspensión de derechos de los ciudadanos dentro del espacio en el que se encuentran en este caso ejerciendo el oficio.

Claire encarna esa excepcionalidad de la que habla Agamben (2006) pero luego es castigada con el "destierro" de su cadáver. En este caso el poder soberano, la iglesia, sanciona a Claire con la exclusión de las exequias proclamando su estatus de poder político. Claire es un cuerpo político abyecto, ella se transforma en la hacedora de su muerte, y cae al abismo del anonimato, se vuelve cadáver, un sujeto caído. Es interesante aquí reflexionar sobre aquello que sostiene Julia Kristeva respecto del cadáver y su derivación del latín *cadere* que significa caída, "aquello que irremediabilmente ha caído, cloaca y muerte (...) el cadáver es el colmo de la abyección" (1988:13). Por eso es pertinente observar en el fragmento seleccionado la red semántica con la que se describe a Claire cuando está viva: "etérea...soplo melancólico y liviano como la sombra que no conoce las leyes de gravedad" (p. 121). Esta levedad que la conforma contrasta fuertemente con la adjetivación utilizada luego por la misma voz narradora: "se arrojó al paso del ferrocarril" (p. 121) "en los bajos del barrio" (p. 122), "no fue otro el motivo que la empujó hacia su fin" (p. 124) "la suya fue una muerte terrena y brutal" (p. 121) "que le cayó encima con el peso de la calamidad" (p. 120). Es decir, mientras vivía a su cuerpo se le atribuyeron descripciones que connotan una levedad casi espectral (Derrida 1998) mientras que en el momento de su muerte, donde cae y se convierte en cadáver, las características asignadas denotan una esfera mortuoria vinculada con la pesadez y la caída en el submundo marginal. El suicidio la convirtió en un cuerpo sin vida que cae y decae, hasta ser enterrado sin nombre y abyecto. Para poder velarla "hubo que organizar las partes del cadáver lo más humanamente posible dentro del ataúd" (p. 121).



Acomodar el cuerpo de la manera “más humanamente posible” instala a Claire en la oscilación entre sujeto y objeto permanentes, como lo propio de la abyección, en esa caída sin límites donde no es sujeto pero tampoco objeto (Kristeva:1988). La caída la escinde en su materialidad. Fragmentada, abyecta y expulsada de todo es sepultada Claire, junto a otros cuerpos disidentes, olvidados y deshumanizados.

“La distribución diferencial de quién puede ser llorado o no” (Butler 2010: 64), enterrado en determinado sitio o no, es una problemática que Butler analiza y que lleva a preguntarse cómo se regula y se controla esa distribución, qué cuerpos son los disciplinados y cuáles no. El suicidio de Claire no puede abstraerse de esa sensación donde la muerte de otras pueda también ser regulada y desterrada. Su muerte se enlaza con otras muertes que también son negadas por el sistema dominante, es decir son cuerpos a los que se les borra el nombre, la identidad, a los que se desecha: “a Claire la enterraron desprovista de cruces o lápidas, lejana del pueblo” (p. 126), lejana también de su tierra. Ella sufre varios desplazamientos, es sepultada fuera de Francia su país natal y fuera del Cementerio Mayor, espacio exclusivo donde no pueden ingresar estas corporalidades peligrosas. El sitio que funcionó como funeraria fue el salón rojo del Dancing Miramar, cabaret donde se velaba a las prostitutas que por pocas monedas tenían cuatro horas de oficio. El prostíbulo como lugar donde se articulan el deseo, el intercambio sexual y económico se resignifica puesto que de día opera como establecimiento mortuario donde se vela a las muertas mientras que de noche los cuerpos danzan en busca de sexo. Aunque también el burdel tiene otra función, es utilizado como sala de nacimientos: “El Dancing Miramar: ¿doble recinto de amor y muerte? No, universo entero y triple” (p. 126). Este burdel constituye una entramada zona donde confluyen el día y la noche, en relación con la muerte y la vida atravesadas por los deseos de la carne. Las prostitutas no ocupan el mismo espacio que otras mujeres, éstas tienen asignado un mismo lugar recluso y estigmatizado para poner el cuerpo en relación con la vida, muerte y deseo. Ellas tampoco tienen derecho a una misa de cuerpo presente ni a ser veladas en casas “dignas”, fuera del burdel. Claire encarna un cuerpo en un doble sistema de exclusión: prostituta y suicida con sus intersticios: además era mujer y extranjera, donde “el forastero siempre es un desconocido, en buena medida un sospechoso” (p. 120), otro diferente. La desestabilización que produce un cuerpo como el de Claire en la estructura discursiva de la novela la iguala a sus pares. Su cuerpo es uno más, es un cuerpo que no importa como todos los enterrados en el Otro Cementerio. Como cuerpo femenino, prostituido, extranjero y suicida encarna el olvido, la borradura de su paso por el sitio donde vivió. Se suicida por desamor, la mata su desarraigo, su vulnerabilidad, su olvido, su soledad y desamparo. Es un sujeto precario, que muere solo y que nadie llora. Veremos en el apartado siguiente cómo se regulan estas muertes que a nadie parecieran importar.



“Por el bulevar de los sueños rotos...”

Joaquín Sabina, *Por el bulevar de los sueños rotos*

Jacqueline, *Qué raro que me llame Guadalupe*

Spectrum (espectro=observar)

Qué raro que me llame Guadalupe es una novela escrita por la autora argentino-mexicana Myriam Laurini en 1999 que narra la historia de una prostituta que desde la cárcel le cuenta a su abogado de oficio porqué está encarcelada injustamente. Se la acusa de haber matado a su bebé, a su prostituyente y a una niña, Jacqueline a la que obligaban a prostituirse en el kínder (prostíbulo donde tienen ocultas a menores de edad, traficadas). El fragmento donde se narra el asesinato de Jacqueline es el seleccionado para su análisis.

Jacqueline es una niña que es apropiada por las cercanías de Puebla. La roba un proxeneta que trabaja para un narcotraficante y prostituyente, el Puroloco, que regentea un prostíbulo con mujeres mayores de edad y otro que mantiene en clandestinidad al que denomina el *Kínder*, donde prostituye niñas y niños. Jacqueline es brutalmente violada y asesinada por un hombre rico en el recinto y debe ser desaparecida para que queden impunes el rapto de su cuerpo, la vejación y muerte.

Puroloco dispone del cuerpo de Jacqueline pero también del resto de las mujeres que explota y humilla para su beneficio dentro del lenocinio. Entonces, es posible interpretar este espacio de reclusión según el concepto que desarrolla Agamben (2006: 223) respecto del estado de excepción cuando se le suspenden al ciudadano las normas jurídicas dejando de esta manera cuerpos sin derechos sobre los que se puede operar, cuerpos que quedan en un umbral de indiscernibilidad entre un afuera y un adentro (2006: 173). Por eso es relevante ver cómo los burdeles y en particular los que proceden clandestinamente, como sucede en esta novela, funcionan como una zona de control donde se regulan y someten esos cuerpos que quedan desprotegidos de todo derecho. Dentro de este marco, entonces se puede comparar la concepción de prostíbulo con la de campos de exterminio donde el burdel se redefine en un espacio en el que se suspenden los derechos del ciudadano y se inscriben nuevas normas confusas y delirantes (Agamben 2006: 224).

El burdel delimita la zona de circulación de los cuerpos vigilados que están en el centro de la representación y son ubicados en los extremos de un modelo liminal que los explota. El cuerpo de Jacqueline como el de sus compañeras obedece las



normas impuestas.

Ese espacio controlado es legitimado por la ley, aunque sea clandestino todos saben qué funciona allí.

En ese lugar las normas internas son las que se obedecen: “imagínate si llega el pitazo de la tira, vas a tener que morder en grande” (p. 102). La tira es la policía y si ésta descubre muerto el cuerpo de la niña, el cliente asesino y el proxeneta deberán pagar grandes cantidades de dinero, como soborno, para que el *kínder* siga en funcionamiento. Claro que la policía recibe mes a mes dinero para el comisario, de esa manera todo continúa en “orden”.

Tras la violación y asesinato de Jacqueline se debe limpiar el cuarto y eliminar el cuerpo. La muerte en estos casos es “naturalizada” y el ritual de las exequias religiosas es desplazado por la desaparición definitiva del cadáver a través de una transacción económica: “tú dirás cuánto te debo y te olvidas de mí-dijo el cliente poniéndose los pantalones” (p. 102) a Puroloco, y éste le responde: “me pagas los arreglos (del cuarto ensangrentado) y me pagas a la Jacqueline y su entierro” o “¿es que la piensas velar en Gayoso y enterrarla en los Jardines del recuerdo?” (p. 102), la primera es una prestigiosa funeraria mexicana y el segundo, una lujosa casa crematoria. Se permiten los personajes el gesto de la ironía, de la burla respecto del cuerpo sin vida de Jacqueline y su condición de niña clandestina y desamparada, todo se reduce a un intercambio de dinero para compensar la pérdida de la mercancía. El ritual que le brindan es la envoltura de su cuerpo en una alfombra y el transporte hasta el baúl de un automóvil, el cuerpo liviano, como “una pluma” (p. 102) emprendía su último viaje. En un sitio que les pareció el correcto, en las afueras de Cuernavaca, por su pendiente y forma de barranco “arrojaron el cuerpo de la niña” (p. 103).

Sin ritual, sin oficios, sin despedidas quedó el cuerpo a merced de la naturaleza y de la intemperie: “Aquí se la van a comer los zopilotes, las ratas y los tlacuaches, en unos días no queda ni rastros de la Jacqui” (p. 103). El cuerpo es arrojado y también su materialidad, su recuerdo, su existencia. La vida de ella no fue llorada por nadie porque fue utilizada como un objeto, como una mercancía que cuando deja de funcionar se deshecha. En esta fosa sin nombre es abandonada. Abyecta y expuesta queda. Es despojada de todo incluso de su vida, de su humanidad. Sostiene Judith Butler que hay “sujetos” que no son completamente reconocibles como sujetos, y “vidas” que no son del todo –o nunca lo son– reconocidas como vidas” (Butler 2010: 17) y aquí reside la precariedad y el desamparo de esta niña. Nadie se solidariza con ella, se la abandona y olvida. Este cuerpo ni muerto ni vivo sino desaparecido al no tener un nombre, una ubicación, queda suspendido, queda en la impunidad de la no presencia, orbitando un espacio indefinido donde no podrá ser reconocido. No hay ritual funerario para ese cuerpo que servirá de alimento, una vez más para los animales depredadores.

En el cuerpo de Jacqueline, usado y abusado, los lindes se esfuman, se tornan inestables mientras se articulan la genitalidad, la abyección y la precaria vida que le toca sobrevivir y morir. Como subraya Butler, que una vida pueda dañarse hasta



perdersse a través de la muerte como en el caso de Jacqueline significa que además de ser finita también es precaria (2006: 30) siendo esta precariedad la que convierte el cuerpo prostituido en un cuerpo altamente sustituible, reemplazable como si fuera un objeto descartable y anónimo. Su cementerio-barranco al igual que el Otro Cementerio donde fue enterrada Claire, forman "los lugares privilegiados de manifestación fantasmal, fragmentaria y distorsionada de las identidades muertas" Grosso (2007: 195). Es decir, conforman el espacio que está en el núcleo y periferia simultáneamente, son cuerpos que se reducen al aniquilamiento del recuerdo y que penan por los parajes del olvido, del silencio que no tiene nombre. Se les borra todo para ser constituidas como una sombra, un fantasma, unos huesos desconocidos y sin importancia. Un fantasma es aquello que da qué pensar, "es un muerto que no muere jamás y que siempre está por aparecer y reaparecer" (Derrida: 1998). El espectro es siempre incontrolable, y amenaza con volver, por eso a pesar de querer invisibilizarlo hay una voz narradora que los rescata del olvido porque siempre regresan. En la escena final del capítulo que narra el episodio analizado, uno de los ayudantes del Puroloco pregunta porqué fue asesinada Jacqueline: "¿por qué la mató patrón?" (p.103). La respuesta que recibe es que olvide lo sucedido porque sino podría tener problemas, que olvide, como si en el olvido pudiese estar a salvo de aquello que le tocó presenciar "Mira mijito olvídate de este asunto, haz de cuenta que nunca conociste a Chamorro, ni a la chava. Te lo digo por tu bien, no sea que caigas en la lista" (p. 103). El cuerpo presente constituye una amenaza que hay que desaparecer, no obstante nunca termina de ser borrado en su totalidad porque siempre está "la presencia fantasmática" (Derrida: 1998), esa que opera como registro en la memoria. Ya que el espectro es esa visibilidad, de esa imagen invisible pero presente, es "la recurrencia o la reaparición" (Derrida: 1998) que no dejará de existir, incluso después de ser asesinada.

A MODO DE CIERRE

Claire y Jacqueline encarnan la representación de cuerpos desterritorializados. Son representaciones corporales desplazadas, exiliadas del sitio familiar, de su lugar de origen. Ellas son constituidas en el desamparo, reducidas a un lugar sin nombre, sin ritual y sin lápida. Los espacios de ficción figurados en las dos escenas abordadas dan cuenta de un lugar común, de un tipo de cuerpo común, siempre fuera y dentro de la organización del poder. Cuerpos improductivos para el sistema y descartables para quienes lo consumen: son prostitutas. Cada uno de los textos tiene su propio ritmo narrativo, sus propuestas estéticas. Cada cuerpo tiene sus marcas, sus huellas, sin embargo se unen en el borde del desborde, de la casi vida que llevan. Sus pieles llenas de durezas les queman el ser. El cuerpo se fragmenta hasta caer y desaparecer.

Estos sujetos liminales como lo son Claire, Jacqueline y tantas otras ¿pueden organizar su corporalidad como resistencia? Y si fuera esto posible a partir ¿de qué



redes discursivas pueden hacerlo? Estos cuerpos que se mueven en el límite jurídico, simbólico, discursivo, político y cultural, que están dentro y fuera del sistema dominante, son cuerpos negados incluso en la muerte, desterrados y anónimos. En ellos se inscribe la exclusión de una carne sin palabras, abyecta, sexualizada y también desplazada en cuanto representación. No aparece el cuerpo exhibido en sus instancias de deseo sino que cuando se elige su representación se opta por los momentos de muerte (Domínguez: 2007:148). Los personajes son llevados a la destrucción total del cuerpo, a la aniquilación. Sus cadáveres incomodan por lo tanto hay que desaparecerlos en un sitio donde nadie los recuerde. No existe un ritual fúnebre común en relación con el resto de los personajes sino que son excluidos de él por su condición marginal de prostitutas.

En ambos relatos y por motivos diferentes la muerte de estas prostitutas debe ser ocultada, silenciada, se les priva toda posibilidad ritual. No son lloradas por nadie. Mueren ocultas como alumbradas por la oscuridad de lugar donde habitaban. De este modo la visibilidad de los cuerpos tiene una presencia delimitada de circulación en los burdeles, dentro de esas zonas de reclusión pueden moverse y cuando escapan de allí, de ese espacio de visibilidad, se las cercena hasta reducirlas a una imagen espectral que se refleja en la presencia de otros cuerpos parecidos pero diferentes. ¿Cuál es la huella que dejan en su impronta textual? ¿A quién importan estos cuerpos presentes?

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio, 2006, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y El testigo. Homo Sacer III*, Pre-Textos, Valencia.

Bataille, George, 2000, *El erotismo*, Turquets, Barcelona.

Butler, Judith, 2006, *Vida precaria*. Paidós, Buenos Aires.

-----, 2010, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, Buenos Aires.

Bronfen, Elisabeth, 1992, *Over her dead body: death, feminity and the aesthetic*, Manchester University, UK.

Derrida, Jacques, 1998, *Los espectros de Marx*, editorial Trotta, Madrid,
<http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/marx_inyunciones.htm> [25 de julio de 2010].

Domínguez, Nora, 2007, *De donde vienen los niños. Maternidad y escritura en la cultura argentina*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires.

Grosso, José Luis, 2007, "El revés de la trama: cuerpos, semiopraxis e interculturalidad en contextos poscoloniales", Universidad de Catamarca, Catamarca, vol.3, Nº 2, pp.184-217.



Kristeva, Julia, 1988, *Los poderes de la perversión*, Catálogos, Buenos Aires.

Laurini, Myriam, (1999) 2008, *Qué raro que me llame Guadalupe*, Ediciones B, México.

Ludmer, Josefina, 1985, "Las tretas del débil" en *La sartén por el mango*, Ediciones El Huracán, Puerto Rico.

Restrepo, Laura, (1999) 2006, *La novia oscura*, Alfaguara, Bogotá.

Paula Daniela Bianchi. Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es alumna de doctorado por la misma universidad. Tema de investigación: "Representación de cuerpos y espacios en el imaginario de la prostitución. Literatura latinoamericana a partir 1980". Es adscripta en la cátedra "Problemas de la literatura latinoamericana", Prof. David Viñas. Ha publicado artículos referidos a su investigación en diferentes universidades.

azuldragonk@hotmail.com